"LA VIDA ME DIO UN TREMENDO GOLPE, PERO TAMBIÉN LAS FUERZAS PARA SEGUIR PELEANDO"

Dino Leali

Los orígenes

Esta historia comienza en enero de 1923, cuando Gianmaria Leali, mi padre, desembarcó con veintiún años en el puerto de Buenos Aires. Detrás, dejaba su Brescia natal, en la Lombardía italiana. Llegaba con oficio metalúrgico, adquirido en la forja de mis abuelos.

Gracias a su formación, mi padre no tardó en conseguir trabajo en el ferrocarril de Rosario. Años después, lo contrataron en una fábrica de máquinas agrícolas de San Vicente, un pueblo santafecino cercano a Rafaela donde se habían producido las primeras cosechadoras de Sudamérica. En ese entonces, el talento de mi padre era muy demandado, ya que no abundaban los especialistas en forja.

Yo vine al mundo en San Vicente, un 13 de noviembre de 1936. Mi madre, Teresa, era descendiente de piamonteses, que habían llegado a la Argentina como colonos agrícolas. En mis primeros años, disfruté de una posición acomodada. Vivíamos en una hermosa y gran casa que mi propio padre había edificado. Pero la situación cambió radicalmente a comienzos de la década del '40. El ingreso de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial hizo que se suspendiera la importación de motores. Sin insumos, la fábrica cerró y mi padre quedó en la calle.

Nos mudamos a Buenos Aires, primero al barrio de Flores, a una casa muy humilde con baño compartido. Luego, a Villa del Parque y Villa Luro, hasta que, en el '46, nos radicamos en Ciudadela, a doscientos metros de la General Paz.

Gianmaria Leali, nacido en Brescia, llegó a la Argentina en 1923, a los 22 años.

Dino Leali, hijo menor de Gianmaria, a los once años en el taller.

Los comienzos en la metalurgia

En Ciudadela llevábamos una vida humilde. Mi padre había comenzado a forjar pinzas y otras piezas de instrumental quirúrgico, desde un tallercito en nuestra casa. Un día, nos reunió con mi hermano Paulino y nos dijo: *"Uno de ustedes va a ir al colegio a la mañana y el otro, a la tarde. Necesito que uno se quede siempre conmigo, para dar la vuelta al ventilador de la fragua".*

Así, con apenas diez años, tuve mi primer trabajo como metalúrgico. Con el tiempo, fui adquiriendo los distintos conocimientos del oficio y asumiendo cada vez mayores responsabilidades. Hacíamos toda clase de tareas para nuestros clientes: instrumentos de cirugía, puertas, trabajos de herrería, y lo que nos pidieran en cada momento. Hasta fabricábamos floretes de esgrima.

Cursé el secundario comercial en la escuela nocturna. De día, trabajaba. De noche, estudiaba. Todos mis compañeros hacían lo mismo. En esos tiempos,

Área mecanizada de la fábrica.

empezábamos a trabajar de muy jóvenes. Los sábados estaba todo el día en el taller y muchas veces, los domingos también.

Herramientas para el trabajo de chapa

Hacia 1947, mi padre fabricó una cizalla, y la ofreció a un comerciante de máquinas usadas. Se vendió de inmediato, y nos pidieron que hiciéramos otras. De ese modo, nos fuimos especializando en máquinas para cortar chapa. Como los materiales escaseaban, teníamos que buscar insumos en la chatarra.

Así seguimos por muchos años, en el mismo rubro, desde nuestro taller de Ciudadela. En la década del ‘60 abrimos Casa Leali, una ferretería industrial, para la venta de máquinas y herramientas. Cuando mi padre se retiró, a finales de la misma década, continuamos con mi hermano. Él atendía la ferretería, mientras que yo me dedicaba a la fabricación.

Con el tiempo, fuimos incorporando nuevos productos. Además de las cizallas, empezamos a producir punzonadoras, cortadoras de perfiles para herrería y de hierros para la construcción.

Las primeras dificultades llegaron a finales de la década del ‘70, con la apertura comercial de Martínez de Hoz, cuando empezaron a entrar al país máquinas muy baratas. Si bien eran de mala calidad, muchos las elegían igual

Serie de montaje de guillotinas.

porque tenían un precio contra el que un industrial nacional no podía competir. Por ese entonces, nuestras ventas se estancaron.

Para sobrevivir, tuvimos que reinventarnos, e incursionamos en la fabricación de guillotinas y plegadoras hidráulicas.

La gran crisis

Las dificultades que atravesamos a finales de los ‘70 no se comparan con la gran crisis de comienzo de este siglo. Desde el ‘99, sufrimos un declive continuo. Ese mismo año, con mi hermano separamos la sociedad. Yo seguí adelante con la fábrica, que atravesaba una situación difícil.

Mi hijo mayor, Paulo, salía con la camioneta a recorrer todas las regiones industriales del país, intentando vender nuestros productos. Iba por la zona de Rosario, Colón, Venado Tuerto, Las Parejas, Paraná, San Francisco... Regresaba

Serie de guillotinas listas para la venta.

con las manos vacías, con las mismas máquinas que se había llevado... y una tremenda decepción en el alma. Todos los talleres estaban parados. En 2001, no vendíamos prácticamente nada.

Mientras tanto, Duilio, mi hijo menor, y Carla, mi hija, intentábamos sostener la fábrica. Fueron años muy difíciles. La cadena comercial se había quebrado. Nos unimos como nunca para soportar la tormenta, con un férreo ajuste de gastos y la voluntad puesta en la supervivencia.

Leali Dino e Hijos S.R.L., hoy

La devaluación de 2002 nos permitió recuperar competitividad, y nos fuimos levantando de a poco. Hoy estamos especializados en la fabricación de guillotinas, plegadoras y prensas hidraúlicas (tipo G) de mediano porte que se comercializan bajo la marca VIGOR. Gracias a su calidad, ésta se ha ganado una sólida reputación en el mercado de herramientas de corte.

Somos líderes nacionales en la fabricación de guillotinas para chapas acanaladas. Fabricamos máquinas de pequeñas series con diversidad de modelos. Otras máquinas son especiales, y se producen a pedido del cliente. Somos una empresa familiar que privilegia la responsabilidad en el producto. Por más de sesenta años, nuestros productos han sido sinónimo de calidad, confianza, y precios competitivos.

Compromiso con la comunidad

Formo parte de la Asociación Argentina de Fabricantes de Máquinas - Herramienta, Accesorios y Afines (AAFMHA), desde donde intentamos colaborar con la defensa de la industria nacional. Si bien ya me estoy retirando, trato de ir a las reuniones para mantenerme informado sobre lo que está ocurriendo en mi sector. Desde la cámara, también tengo una participación en ADIMRA.

Es complejo hacer industria en un país con tantos altibajos como la Argentina. Cuando a uno lo sorprende un bajón, puede perderlo todo. Y después es muy duro levantarse. Una empresa no se hace en cinco años. He conocido gente con más de cuarenta años de industria, con compañías muy importantes, que fueron sorprendidos por la crisis, y lo perdieron todo. Esas personas quedaron devastados, económica, física, y psíquicamente.

Esa gente perdió las ganas de hacer. De un día para otro, se dieron cuenta de que invirtieron décadas en un proyecto que quedó trunco, arruinado. La sucesión de crisis que atravesó la Argentina ha costado la vida a muchos industriales. Deseo recordarlos con todo el respeto que merecen.

El legado

Me casé en el ‘70, con Rita compañera fiel de toda mi vida. Tuvimos tres hijos: Paulo, Carla y Duilio.

Paulo, quien sentía un amor especial por la empresa, contrajo una enfermedad galopante y falleció hace dos años. Tenía sólo treinta y seis años y dejó a un hijo, Tomás, de cuatro. Fue un golpe atroz para todos nosotros, que siempre fuimos una familia unida. Creo que esa fue la base para poder sobreponernos de tan difícil prueba y continuar como él deseaba que lo hiciéramos.

Tras este tremendo golpe, opté por recluirme en la fábrica, para tratar de olvidar... algo que no conseguí. Volví a operar yo mismo las máquinas, y se me volvieron a formar callos en las manos. Mi otra terapia son mis cuatro nietos, dos varones y dos nenas. Ellos, que están llenos de vida, me prestan su energía.

Duilio es quien se ha hecho cargo de la fábrica, y lo hace con total habilidad y responsabilidad. Carla, desde la administración, participa y estimula aportando un enfoque femenino. Sé que ellos van a continuar exitosamente con este proyecto .

Yo crecí en una época en que el trabajo era un valor fundamental, un orgullo. Ésta es la cultura que transmití a mis hijos. Creo que muchos de los males de

Duilio Aníbal Leali, Paulo Augusto Leali, Dino Hugo Leali, Rita Spina, y Carla Rossa Leali.
Un brindis al éxito y a la vida. Tal vez, también un brindis de despedida a Paulo.

nuestra sociedad se deben a la pérdida del amor por el trabajo, como valor fundamental para la dignidad de la persona. Mucho me apena que, en este país tan hermoso y con tanto potencial, haya muchachos mendigando, sin saber qué hacer de sus vidas.

Yo también fui joven. También pasé crisis junto a mi familia. Pero jamás pedí limosna a nadie. Un ser humano debe desarrollar su amor propio, ganándose el sustento con su propio esfuerzo, poniendo él mismo su comida sobre la mesa y dando un buen ejemplo a los que vienen detrás.

Yo no habré construido una empresa de cientos de obreros, pero lo que pude hacer es mío y no se lo debo a nadie. Vivo al lado de la fábrica, en Ciudadela, y a mis setenta y seis años, estoy ahí desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde. La vida me dio un tremendo golpe, pero también las fuerzas para seguir peleando.